

Como un día cualquiera

Concepción Perea / Facultad de Filosofía y Letras *

Altos árboles de ramaje espeso rodean la casa. Dentro se respira frío y el olor de las magnolias que saturan el ambiente. Una larga fila de paredes verdosas, y un jardincillo sin flores, es el total de aquello.

Todavía sigue ahí Anita, la anciana niña, arreglándole el cabello a su vieja muñeca. También de ella el tiempo se ha llevado la negrura de su pelo y el color de las mejillas; todavía sus manos arrugadas tiemblan al acariciar la carita.

Por la ventana de su cuarto un gigantesco álamo hace años que la mira. Ella nunca deja de saludarlo en las mañanas. Y después, cuando su niña se ha dormido, le cuenta de su vida, antes de que la noche cierre su plática.

Le dice que en la fiesta de su pueblo ella llevaba un vestido nuevo; Lolita, su amiga, la vio pero no le quiso hablar; Lolita no la quería. Y que Manuel, viéndola bonita, se casó con ella.

Un día lloró mucho porque tuvo un sueño muy feo; Pachita, su niña, estaba muy lejos, allá en el río del pueblo; ella corrió mucho para alcanzarla y cuando despertó nunca más la volvió a ver.

Manuel la llevó a esa casa tan bonita, y le dijo que allí estaba su niña esperándola. Se sentía muy feliz porque cuando él volviera las iba a llevar a su pueblo que ya extrañaba mucho.

Se levanta temprano pensando si Pachita tendrá hambre, y le sorprende que siempre se resista a comer.

En su paseo diario ve la pintura de Toñito, el limpiabotas, y le gustan las arañas y mariposas en fuertes tonos amarillos y morados.

Alguien que Anita no conoce trata de ponerle ramas al tronco de un antiguo roble derribado.

La jovencita que vio hace dos días sigue ahí, junto a las teclas, hablándoles en su extraño idioma. Anita contó admirada que los ojos de la joven eran azules como dos grandes canicas, y que por más que le había platicado, ella no se rió ni un poquito.

Pregunta por el muchacho que se ahorcó anoche y nadie le contesta.

Aquel día Anita vio dormir a las flores, todo el follaje bostezaba, y corrió a dormir a su Pachita, pero no estaba. La buscó en el roble, en las raras teclas, en el cuadro de Toñito.

Pidió a su amigo el álamo que buscara a su niña; y sintió un frío muy intenso porque, extrañamente, el álamo no le contestó. Ya no lloraba, era sólo que una claridad antes no percibida la hacía sufrir mucho.

Una tarde calurosa recargué mi cuerpo muy cansado en un rugoso álamo casi desnudo, y un como sollozo venido de muy dentro estremeció al viejo árbol, y asustada, me alejé de aquel lugar.

* Del curso del profesor Héctor Valdés: *Introducción a las investigaciones literarias*.